

# EL TERRIBLE ABANDONO DE LOS DESIERTOS

## THE TERRIBLE ABANDONMENT OF DESERTS

Flores, Jordi Santiago\*  
Universidad Central de Venezuela  
Venezuela

### Resumen

No hay tragedia más desconcertante que experimentar de pronto la soledad total. Es la historia de ficción de un cuento de José Rafael Pocaterra titulado 'La ciudad muerta', donde el personaje central vive la desesperación de encontrarse con que todos sus conciudadanos, por una razón que él desconoce, se han ido, dejándolo todo enigmáticamente abandonado. El caos psicológico que vive el personaje ante el éxodo masivo y la construcción descriptiva del escenario nos invita a desplegar un aparato crítico en relación a la diáspora venezolana actual y algunos de sus ángulos inenarrables que bien el recurso de la literatura permite elaborar.

**Palabras clave:** Literatura venezolana, ficción, José Rafael Pocaterra, vínculo social, diáspora.

### Abstract

There is not a more unsettling tragedy than suddenly experiencing total loneliness. It is the fictional plot of a short story by José Rafael Pocaterra entitled '*La ciudad muerta*' ('The Dead City'), in which the main character experiences the despair of finding that all his fellow citizens, for a reason unknown to him, have left, leaving everything enigmatically abandoned. The psychological chaos that the character undergoes in the face of the mass exodus and the descriptive construction of the scenery, invite us to deploy a critical apparatus in regard to the current Venezuelan diaspora and some of its unspeakable angles that the resource of literature allows to put into words.

**Keywords:** Venezuelan literature, fiction, José Rafael Pocaterra, social bonds, diaspora.

\*Investigador en psicoanálisis, arte y política. Es internacionalista egresado de la Universidad Central de Venezuela, aspirante a doctor en el programa de doctorado en Psicoanálisis y Ciencias sociales en la misma casa de estudio. En otro ámbito académico se desempeña actualmente como profesor en la Escuela de artes en la Universidad Central de Venezuela y dirige el entorno educativo de la plataforma de investigación 'Mollusca: sustrato de creación e investigación. Arte, placer y pensamiento'. Entre sus publicaciones destacan artículos especializados en revistas nacionales y extranjeras, y algunos de sus textos de divulgación sobre crítica cultural han sido traducidos al inglés. Un compendio de sus trabajos puede conocerse <https://linktr.ee/jordisantiagoflores>. E-mail: [jordisantiago84@gmail.com](mailto:jordisantiago84@gmail.com)

**Finalizado:** Caracas, Febrero-2020 / **Revisado:** Mayo-2020 / **Aceptado:** Junio-2020

(...) ninguno de esos cuentos terroríficos es igual al espantoso, al tremendo pavor de las cosas en la soledad (...).

José Rafael Pocaterra

## Introducción

### 1.- Aislamiento

Una palabra se propaga con enormes resonancias en los entornos de la vida anímica de este país. La palabra «aislamiento». Un significante que revela en todas sus acepciones el peso del quiebre en su concepto. Por «aislamiento» encontramos, al menos, cuatro sentidos concretos. Uno que da cuenta de la acción de separar una cosa, persona o población respecto de otras; otro, proveniente de la termodinámica, que habla de la propiedad que detentan algunos cuerpos de impedir la transmisión de calor, electricidad y sonido; un tercer sentido alude a la acción o efecto de aislarse. En todos estos casos, las definiciones apuntan a una interrupción de la comunicación: a un quiebre. La cuarta acepción —casi como una consecuencia de las otras— es «desamparo».

El término ofrece otras sutilezas: si bien es cierto que aislamiento se emparenta con segregación, expulsión, exilio, exclusión, marginación; no es lo mismo del todo. Quedar aislado implica en muchos casos un manejo del otro que nos deja fuera (nos aísla de los demás); pero esta definición incluye también la posibilidad de que alguien decida, por su cuenta —casi siempre forzosamente—, aislarse. Ambas imágenes tienden al desamparo, al desconuelo de quedar incomunicado, separado, apartado del amor y el terror del otro. El concepto muestra con mucha preponderancia su carga anímica, su impronta afectiva. En cualquiera de los casos, alguien a quien dejan aislado o se aísla es una persona que se queda sola, sin vínculo con aquel que le hace soporte.

Ante tal desamparo es probable que nos invada el miedo. El miedo a la soledad que no es el fértil silencio del caos interior —ese

que Marguerite Duras procuraba para su escritura<sup>1</sup>—, sino la soledad del horror, del horror desconcertante de vérselas solo sin el otro. Eso fue lo que le pasó al personaje del cuento “La ciudad muerta” de José Rafael Pocaterra (2000), que creyó “morir de terror” ante el encuentro con la “soledad del ser entre los seres”. Sobre ese *shock*, ese encuentro pavoroso, desplegaremos los argumentos críticos de este trabajo.

### 2.- La ciudad muerta

En una cena, sus comensales deciden extender la sobremesa relatando historias de espantos. Tres hombres y dos mujeres. Dos de los hombres se deleitaban contando historias convencionalmente aterradoras, contentándose con la belleza estimulante del sobresalto de las damas. El tercer hombre permanecía expectante, pero fue increpado a sumarse él también con su agudeza. Sin mucho entusiasmo se deja convencer, pero advierte que ninguna de las historias contadas es tan espantosa como “la horrible simplicidad” de su relato, un relato del ‘pavor de las cosas en la soledad, a pleno día, a plena luz (...) ¿Al mediodía?’, preguntó una, “(...) a toda luz, en el corazón de una ciudad de más de treinta mil habitantes donde todo me era familiar y conocido” (Pocaterra, 2000, p.114), respondió.

Corrían los tiempos de la guerra. El desguace había devastado los campos y el comercio, persistían el malestar y el temor, el abandono se imponía y no había comida ni para humanos, ni para bestias. Reinaba la desolación aquel verano, un verano más terrible que cualquier otro.

De jornada en jornada, un apeadero miserable donde beber agua fangosa, un rancho cuyos habitantes hábiles habían dejado a la anciana casi inválida junto a las tapias del fogón, al niño palúdico, barrigudo y deforme, al cerdo escualido que gruñía, hozando las gredas del bahareque y que no merecía ni la codicia de las tropas. (Pocaterra, 2000, p.116)

<sup>1</sup> Véase Duras, Maguerite (2000) *Escribir*. Barcelona: Tusquets

Pero nada de ese encuadre fue tan aterrador como aquel día —cuenta el narrador— en que “(...) ni eso hallé”. Es la historia de un hombre que avanza con su mula por los caminos y ciudadelas del llano, sin hallar en ningún momento un alma. “Comencé entonces a sentir la desolación, el terrible abandono de los desiertos...”. La historia se hace espesa con el paso del hombre que forcejea con su mula, viéndose considerablemente cada vez más invadido por el desconcierto de suponerse radicalmente solo. El cuento muestra progresivamente su desesperación: “Una cólera alocada me entró en el alma, y con toda la fuerza que aún me restaba, queriendo cruzar como un relámpago por aquella sabana, hundí las espuelas en la mula desesperadamente, que en un último esfuerzo se fue de manos y cayó.” (Pocaterra, 2000, p.118)

“¡En qué país vivía!, un camino público y ni un caminante, ni una recua, ni siquiera un vagabundo con un trabuco. ¡Estaba perdido, perdido!, era inútil caminar más.”(Pocaterra, 2000, p.119) Pocaterra se entretiene en la agonía. Ya sin mula y casi delirante, el personaje sube cuevas, corre calles, toca puertas, grita a todo talle: y nadie responde.

Nadie en el camino. Nadie en las primeras casas de la población. A la puerta de una pulpería llamé; no me contestaron; resolví entrar. Todo estaba en orden: los litros conteniendo el aguardiente de diversos colores, el rollo de tabaco de mascar con su cuchillo al lado, sucio y oscuro, las botellas de catarillo tapadas con unas hojas de limón, el frasco bocón del guarapo, la batea del adobo, todo como si se hubiese interrumpido de pronto el “despacho”, pero ni un alma, y lo que es más extraño aún, ni una mosca. (Pocaterra, 2000, p.120)

Era improbable que hubiera moscas porque el asunto no provenía de la muerte. Nótese la apreciación que deja al paso el narrador: “como si se hubiese interrumpido de pronto el ‘despacho’”. Es que los pueblos de la ausencia en el relato no son pueblos fantasmas; no es el caso de este cuento.

Tampoco pueblos arrasados por la peste o por la guerra (“ni eso hallé”). Son pueblos espeluznantes porque son asentamientos recién habitados, como si la gente apenas acabase de irse. “Las puertas y las ventanas abiertas dejaban ver interiores habitados como si los moradores acabasen de salir.” Y se pregunta: “¿se trataba, pues, de una huida en masa, de un pánico que había hecho escapar al pueblo entero?”

No había rastro de ello, dice. Al contrario, el hombre recorrió acongojado y poseído de una “extraña inquietud” toda la ciudad, y solo constató “la reciente presencia de las personas.” Si no fue una huida en masa, desbordada, fulgurante, fue una huida gota a gota, progresiva, hasta dejar aquella tierra sin un alma. Un encuentro extravagante —dice— “de una extravagancia que daba miedo.” ¿Se trataba de un pánico que había hecho escapar al pueblo entero? Dice que no, pero luego siembra la duda cuando habla de los habitantes que abandonaron el lugar “(...) quizás bajo cuál peligro que yo mismo ignoraba.” Suposición que lo llena de miedo porque lo deja mirando de frente al desamparo. “(...) me infundía, al pensarlo, una idea sorda de amenaza, de infinita desolación.”

Si el resto de los seres se había ido por pánico al lugar, él no lo sabía. No había sido informado y, peor aún, no podía ya ser informado por nadie más. Estaba solo. Sin un alma con quien comunicarse, sin nadie que le transmitiese su presencia. “Y ya horrorizado, alucinado, corrí otra vez al poblado, me detuve en el altozano de la iglesia y lance un grito horrible de socorro, de locura, de desesperación, en la plaza desierta.” (Pocaterra, 2000, p.121)

Vivía “la más terrible de las soledades (...) la soledad horrible de todo aquello que fue habitado.” Es increíblemente brutal el argumento. ¿Qué clase de soledad es tan devastadora, tan particular y desconcertante que no nos deja más que el sinsentido?

Paseé una mirada de extravío a mi alrededor, y entonces, viendo todo bajo la inaudita claridad, “mirando” aquella soledad que no es la de la selva llena de vegetaciones vivas, ni la de la montaña cercana a las estrellas, ni la de la oscuridad poblada de rumores o sombras o cosas espantosas pero que se agitan y parecen vivir, sino la soledad del ser entre los seres, entre la pavorosa inmovilidad de las cosas que revelan el movimiento, rodeado de los objetos que denuncian la existencia del hombre y donde no hallamos el hombre a plena luz meridiana, en el centro muerto de una ciudad que “estaba viviendo” enloquecí de miedo y perdí el sentido. (Pocaterra, 2000, p.122)

“Estaba viviendo”, entrecomilla el autor, a propósito del pasado societal que apenas se constata en la disposición abandonada de los objetos y en el calor de los cuerpos que recién ocupaban sus actividades. Era una población que —curioso el entrecomillado— estaba viviendo. Pero aquel día el hombre no encontró ni las comillas. No pudiendo responder ante el encuentro, cayó en pánico y devino en la locura. Extrañeza, extravagancia, extravío, desconocimiento, desconcierto (términos que alude el narrador en el texto), son manifestaciones que apelan a lo innombrable. ¿Cómo llamar a la soledad que se constata de golpe y sin razón, la soledad radical que es sin el otro?

Es el tope de terror al que lleva Pocaterra su cuento: el aislamiento desconsolado y radical de un sujeto que no sabe qué hacer con la desaparición total de los vínculos (una muerte sin moscas). Finalmente, acabar aislado por el éxodo de todos, o aislarse uno mismo en el mismo sitio en el que se encuentra, pero sin el otro; incluso, aislarse como un cuerpo que no transmite ya ni recibe calor hacia/de otro cuerpo —como lo plantea la física—, son nociones todas que apelan a la fractura, al quiebre total de los afectos. Un estado que no nos deja sino en el desamparo.

Pero Pocaterra no termina su cuento en la locura. De hecho —para un lector exigente de sus clásicos—, no lo termina,

falla en el final, se escabulle contando un mal chiste. El narrador, a los interlocutores expectantes, les relata el esperado desenlace: “Nada —concluí— (...) habíanme recogido en el camino unos arrieros, desmayado de sed, junto al cauce seco de una quebrada, ardidado por la fiebre de una insolación que a poco evita que le cuente esta modesta historia... Mi imaginación calenturienta soñó cuanto acabo de referirles.” (Pocaterra, 2000, p.122)

Defraudados ante la ficción del relato, los escuchas guardaron silencio. Sin embargo, una de las mujeres exclamó: “(...) tiene usted razón; eso es horrible [y] (...) allí no intervienen los muertos.” Al contrario, dijo el narrador, “todo ese delirio pavoroso es obra de una muerta”: la mula.

Y nos echamos a reír porque toda cosa verdaderamente trágica termina con la estupidez desairada. La víctima de un asesinato bellísima con mala ropa interior, una mujer que en un hermoso raptó de celos se le pone la nariz como un tomate y se destiñe... O lo más espantoso que vi ahora años: en una admirable escena de hospital, la pierna seccionada estaba bajo la mesa operatoria en una vasija con agua fenicada, con su media puesta; y la media era blanca, de algodón, con rayitas... (Pocaterra, 2000, p.123)

Fin del cuento. Que el lector juzgue la salida. Si “toda cosa verdaderamente trágica termina con una estupidez desairada”, no siempre se tiene a la mano el chiste que la expulsa. Para Freud (1998), el desplazamiento humorístico podía verse también como un proceso defensivo —correlatos psíquicos del reflejo de una huida, decía— cuya función es bordear las fuentes de energía psíquica displacentera para el sujeto y permitirle obtener placer de donde se le hacía inasequible. (cfr. Freud, 1998)

Es probable que eso explique la salida humorística del narrador —quien no pocas veces en el compilado de los *Cuentos grotescos* apela a este recurso—. Es probable, también, que eso inasequible se haya ido con la mula, que todo cuanto contó haya venido de

la imaginación calenturienta de un insolado. Lo cierto es que este cuento de aislado, terrible historia ‘sobrenatural’, ocurrió a plena luz, en una ciudad que le era familiar y conocida.

### Comentarios finales

#### 3.- Una muerte sin moscas.

La ruptura social asola a Venezuela. El fenómeno de la diáspora nos interroga día a día como si algo hubiese pasado. Aunque hablemos de eso (cada vez con mayor frecuencia), no es posible salir del estado de *shock*. ¿Qué nos pasó en cinco años? ¿Dónde está el otro que habitaba aquí, mi paisano al que acostumbraba a ver; y el otro y el otro? ¿Será que sabían algo que yo no y por eso se fueron? ¿Corro peligro estando aún aquí?<sup>2</sup> Son preguntas que se formula el personaje del cuento de José Rafael Pocaterra. Un relato que transcurre en un tiempo ambiguo, en una escena ambigua, con un desenlace ambiguo (como solo la brillante ambigüedad del arte puede darle sentido). El shock de la diáspora venezolana se sintoniza mucho con este relato. Así como en esa ciudad de la que se fueron todos huyendo dejando sus cosas allí, medio baldías, en suspenso, sin culminar. Casas vacías, diligencias inconclusas, papeles abandonados, adornitos puestos todavía en la mesa del seibó. Las escenas de esta realidad se acercan increíblemente a la literalidad de esta “La ciudad muerta”.

Es difícil trascender del estado de *shock* porque todo transcurre aún como “aconteciendo”. Es una situación rara, inquietante. ¿De qué se trata esto de que todos se van? La sensación inquietante es el carácter monstruoso al que José Rafael Pocaterra le da forma en la degradación despavorida del personaje de su cuento. Una historia que transcurre, precisamente, en el recorte del shock: todo ocurre ahí, todo es enigmático y pasa de pronto sin respuestas. La única evolución se da en la degradación psicológica del personaje, un ser que se haya por una

<sup>2</sup> Véase Flores, Jordi Santiago (2018) “La retirada”. *Revista Crítica*. Año XXIII. [En línea] Disponible en <http://critica.cl/politica/la-retirada>

razón desconcertante separado, aislado del otro. De ahí su desesperación progresiva al constatar solo.

¿De qué muerte se trata en esta ciudad? “Una muerte sin moscas”, dice el relato. Es la dramática y poética manera de darle un nombre (la literatura siendo siempre el manuscrito social en bruto) a lo innombrable. La muerte del vínculo que se sostiene en el cuerpo del otro. No hay mayor soledad que la de perder el cuerpo del otro amoroso, ni mayor terror que no saber por qué, quien estaba a mi lado, huyó. Tal vacío ha de ser como Pocaterra describe el terrible abandono de los desiertos.

#### Referencias bibliográficas:

- Freud, Sigmund (1998) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En: Obras completas. Vol. 8. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pocaterra, José Rafael (2000) *Cuentos grotescos*. Caracas: Editorial Buchivacoa